

Jane MacLaren WALSH and Brett TOPPING : The Man Who Invented Aztec Crystal Skulls. The Adventures of Eugène Boban. New York, Oxford, Berghahn Books, 2018. 348 pages, 81 illus., bibliog., index

Reseña por Pascal Riviale*

El nombre de Eugène Boban está estrechamente vinculado con los famosos "cráneos de cristal" que van estimulando la fantasía de muchos, generando la producción de numerosísimas páginas Internet con un contenido científico y místico por lo general estrafalario. Si bien la fama de Boban llegó a ser excelente en el siglo XIX, hoy en día, al contrario, parece sulfurosa. Ambos extremos, sin duda alguna, resultan discutibles y, precisamente, el mayor mérito de esta biografía que le dedican a Boban Jane MacLaren Walsh y Brett Topping es el de proponer una visión verosímil y creíble del personaje, en base a un trabajo riguroso y cuidadosamente documentado. Más allá del mero estudio de la vida de Eugène Boban, este libro trata también del coleccionismo en el siglo XIX, enfocando en particular la emergencia de la arqueología americanista.

Cabe recordar unos elementos de la vida del intrigante personaje. Eugène Boban nació en París el 10 de marzo de 1834, en una familia de artesanos (su padre era fabricante de fundas, estuches y cajas). Nada lo predisponía a convertirse en un anticuario unánimemente reconocido en los círculos académicos y museísticos por sus grandes conocimientos en arqueología precolombina. En el contexto de la fiebre del oro que a California condujo a tantos aventureros a partir de 1849, el joven Eugenio, que entonces recién cumplía 19, emigró en 1853 a Estados Unidos, estableciéndose en 1857 en la Ciudad de México, donde dijo haber vivido los mejores años de su vida. Regresó a Francia en 1869 para desarrollar sus negocios y abrió una primera tienda de antigüedades mexicanas en París. Sin duda con la esperanza de expandir sus actividades

* Archives nationales, chercheur associé au centre EREA du LESC, membre associé de l'IFEA.

comerciales, Boban volvió a la Ciudad de México en 1885 y abrió una tienda que también hacía oficio de museo. Involucrado en un escándalo arqueológico, dejó México al año siguiente para instalarse en Nueva York. Se radicó definitivamente en París en 1887, donde continuó sus actividades como anticuario y reconocido americanista hasta su muerte en 1908.

Para reconstituir la vida de Boban, los autores se basaron principalmente en dos tipos de archivos: los documentos personales de Boban, ahora conservados en la Hispanic Society de Nueva York, y la correspondencia recibida por Boban, que se encuentra en el Departamento de los Manuscritos Occidentales de la Bibliothèque nationale de France. El primer fondo incluye notas manuscritas y recuerdos apuntados por Boban, así como varios documentos relacionados con sus actividades comerciales; estos documentos fueron adquiridos después de su muerte por un librero alemán que los vendió al coleccionista y bibliófilo Hutington. La segunda colección contiene varios volúmenes de cartas recibidas por Eugène Boban a lo largo de su carrera de comerciante; no se sabe cómo esta correspondencia pasó a formar parte de los fondos de la Biblioteca Nacional, pero cabe suponer que el mismo Boban procuró obrar por su posteridad. Hay que añadir un tercer conjunto documental (conservado en los Archivos Nacionales): los archivos de la Comisión Científica de México, establecida en París en 1864, en la que el coronel Doutrelaine -representante en la Ciudad de México de dicha Comisión- se refiere a los sucesivos envíos realizados por Boban para preparar la Exposición Universal de 1867¹. Además, los diferentes catálogos de venta creados por Boban permiten tener una visión pertinente y precisa de lo que ofrecía en su tienda. Por último, los datos personales de la vida de Boban pueden ser reconstituídos en base a documentos conservados en los Archivos de París (declaración de defunción, repertorio de los edificios parisinos, etc.) y a la luz de las actas y escrituras notariales conservadas en los Archivos Nacionales.

El estudio cuidadoso de tales documentos les permitió a Jane Walsh y Brett Topping comprobar el interés sincero que Eugène Boban desde muy temprano mostró por las culturas indígenas de las Américas. Al respecto, parece haber sido decisivo el encuentro con grupos indígenas que entonces vivían en áreas marginales de las urbes californianas. Los apuntes de Boban muestran cómo rápidamente prefirió mantenerse alejado de los pioneros y buscadores de oro y vivir entre los indios en la medida de lo posible. Ya en los primeros años en Estados Unidos parece que había comenzado a coleccionar artefactos de dichos indios. El gusto por la etnografía y luego por la arqueología americanista se reforzaron con la instalación en México. También fue en México donde su afición fue convirtiéndose poco a poco en un negocio y una profesión, beneficiándose Boban de una serie de circunstancias favorables: la política liberal de

¹ Armelle Legoff et Nadia Prévost Urkidi (eds.), *Homme de guerre, homme de science ? Le colonel Doutrelaine au Mexique. Édition critique de ses dépêches (1864-1867)*. Paris, CTHS, 2011.

desamortización de muchos monasterios, que facilitó la recuperación de numerosos objetos religiosos de la época colonial; la intervención militar francesa; la llegada del emperador Maximiliano, del que se jactó de ser "el anticuario"; y la excelente relación con la Comisión Científica de México. MacLaren Walsh y Brett Topping se apoyaron detenidamente en las notas de Boban (conservadas, como dicho, en la Hispanic Society) para rastrear los primeros años californianos y mexicanos, de los que no se sabía absolutamente nada. Al regresar a Francia en 1869, Boban combinó su talento para los negocios con su sincero interés en las culturas amerindias para consolidar sus éxitos comerciales. A pesar de haber recibido una breve y superficial formación escolar, Boban adquirió con mucha dedicación notables conocimientos americanistas que le valieron ser reconocido y respetado por sus contemporáneos. De hecho, el análisis de su correspondencia muestra la amplitud y el prestigio de su protagonismo en los círculos de la arqueología y antropología, así como de los museos etnográficos americanistas y prehistóricos (citemos, por ejemplo, a Hamy, Mortillet, Quatrefages, Bastian, Uhle, Holmes, etc.). También sabemos que la duradera y sólida relación establecida con Ernest Théodore Hamy, director del Museo de Etnografía del Trocadero, fue provechosa para ambos². Al respecto, la información mencionada en las páginas 227 y 246 resulta muy curiosa: en sus notas manuscritas, Boban comenta, según se informa, que en 1884 o 1885, Hamy esperó adquirir colecciones americanas por la suma de 25.000 francos. Esta afirmación es sorprendente en la medida en que era prácticamente nulo el presupuesto otorgado a Hamy por el museo, por lo que Boban bien sabía que no dispondría Hamy de los recursos necesarios. A no ser que Hamy pensara disponer de parte del producto de la venta de la Joyería de la Corona de Francia, un fondo en el que también habría confiado para comprar la colección peruana del Doctor Macedo que entonces estaba a la venta en París³. De hecho, el gobierno francés había iniciado para ello una serie de trámites a principios de la década 1880, trámites que se demoraron, por lo que el museo de etnografía no pudo beneficiarse de aquel esperado financiamiento. Boban se esforzó por afirmar su reputación de americanista valioso y perito con numerosas publicaciones sobre culturas materiales e iconografía del México prehispánico. En vida de Boban, algunas, en particular sobre códices mexicanos, llegaron a ser obras de autoridad y de consulta.

La excelente fama y la habilidad de Boban para encontrar piezas excepcionales explican el éxito duradero de su negocio de curiosidades no europeas y de arqueología prehistórica europea. Después de un estreno muy modesto en la Ciudad de México, éste creció gracias a los contactos de Boban con los representantes de la Fuerza

² Pascal Riviale, «L'anthropologue et l'antiquaire: les relations entre Ernest Théodore Hamy et Eugène Boban», in José Contel, Jean-Philippe Priotti (dir.), *Ernest Hamy, du Muséum à l'Amérique: Logiques d'une réussite intellectuelle*. Villeneuve d'Ascq, Septentrion, Presses universitaires, 2018, pp. 103-117.

³ Información comunicada por Manuela Fischer, encargada de las colecciones sudamericanas en el *Ethnologische Museum* en Berlín (7 de noviembre de 2017).

Expedicionaria Francesa y de la Comisión Mexicana -a través del coronel Doutrelaine- que también contribuyeron a consolidar su fama. El libro detalla los negocios sucesivos: las tiendas en París (primero en la rue de Sommerard, luego en el boulevard Saint-Michel, finalmente en la avenue d'Orléans), el intento fracasado de volver a México en 1885, las ventas en Nueva York entre 1886 y 1887 -Boban esperó que fuesen espectaculares, pero resultaron decepcionantes- y, por fin, la amistad en 1889 con el coleccionista Eugène Goupil, un industrial francés nostálgico de la vida que había llevado en México. En base al análisis cuidadoso de las diferentes colecciones de Boban, los autores subrayan que, salvo unas excepciones, las piezas más bellas no procedieron de sus colecciones personales, sino que fueron compradas a otros coleccionistas (al Conde de Peñasco, a Melgar, a Faldas, a Labadie, Fuzier, Constantini o Waldeck). Otro elemento que bien revela el estatuto especial de Boban en el mercado de las curiosidades etnográficas es la rápida diversificación de su negocio. Poco después de su regreso a Francia, y aunque su tienda de la rue de Sommerard llevase el rótulo "Antiquités mexicaines", eran mucho más diversas las colecciones ofrecidas: Boban extendió su ámbito de acción al mundo entero, incluyendo además restos de la prehistoria europea. Prueba de ello son las colecciones adquiridas por Alphonse Pinart en 1874 que, si bien son conocidas por sus piezas mexicanas, también proceden de América del Sur (Colombia, Ecuador, Perú, Brasil) o de las islas del Pacífico Sur. Podría ser esclarecedor un estudio más detenido de las diferentes colecciones que han pasado por las tiendas de Boban. Por ejemplo, los objetos peruanos ofrecidos por Pinart al Estado (se supone que han sido vendidos por Boban) parecen tener cierta homogeneidad de origen (costa central y alrededores de Pascamayo), y sería interesante un análisis detallado de los documentos de Boban conservados en Nueva York para identificar al dueño anterior.

Si bien Boban gozó de la estima de sus contemporáneos y colegas americanistas por sus indiscutibles conocimientos de las culturas materiales precolombinas y prehistóricas, recién vamos descubriendo zonas grises. En primer lugar, no parecen haber sido siempre transparentes sus métodos para desarrollar sus negocios, como lo muestran las autoras al evocar unos objetos procedentes del Museo Nacional de México que el comerciante logró conseguir sin que se supiera cómo exactamente (p. 133). Pero su fama sobre todo es dañada por los engaños arqueológicos irrefutables a los que ahora se le asocia, hasta cierto punto solamente, pues aún no se ha determinado con exactitud su propia responsabilidad; además, si se las comparan con otras colecciones de la época, las que han pasado por las manos de Boban parecen haber tenido pocos objetos de dudoso origen. Jane Walsh observa una primera falsificación, relativa a a las colecciones de Boban, cuando este redactó, hacia 1864, un catálogo en México, a petición del coronel Doutrelaine: se trata de una placa de obsidiana grabada, supuestamente encontrada en Teotihuacán. Sin embargo, Boban solía visitar el sitio y no

podía ignorar que en Teotihuacán, se encontraban varios talleres de falsificación. Las autoras señalan que el discurso sobre el origen de aquel objeto de obsidiana varía según los interlocutores de Boban, lo cual comprueba que éste sabía que era falso. Se podría moderar tal argumento señalando que, al igual que muchos otros anticuarios, probablemente optó por la versión más atractiva según las circunstancias y los interlocutores. Con todo, podemos considerar este ejemplo (pp. 154-157) como una primera mancha en la intachable imagen del Sr. Boban. La presencia de muchos soldados franceses en la región de la Ciudad de México debe haber contribuido significativamente al crecimiento de la demanda en objetos arqueológicos y, como consecuencia, al de la producción de imitaciones, pues resulta difícil resistir la tentación de vender a buen precio productos falsificados a clientes novatos en su mayoría. Pero fue el asunto de los cráneos de cristal el que más polémica suscitó, poniendo retrospectivamente en tela de juicio la probidad de Boban, aunque también le dio a conocer a un público más amplio, ávido de misterio y ciencia ficción.

Si bien en México están asociados con el *tzompantli*, los cráneos también han estado muy presentes en la iconografía católica desde la Edad Media. Es posible que la idea de aquel engaño surgiera con la aparición en el mercado de obras u objetos procedentes de los monasterios mexicanos desamortizados a raíz de la política liberal⁴.

Gracias a análisis microscópicos y observaciones realizadas en algunos de los cráneos conservados en el Instituto Smithsonian, el Museo Británico y el Museo del Quai Branly, Jane Walsh comprobó de forma definitiva el origen moderno de tales objetos, que hasta hace poco eran considerados como verdaderos "tesoros" por los museos. Las autoras enumeran (pp. 208-214) una decena de cráneos "mexicanos" de cristal de roca documentados en el siglo XIX (y probablemente producidos en esa época), demostrando la evidente involucración de Eugène Boban, ya que casi todos pasaron por sus manos. En base a la documentación disponible es difícil establecer hasta qué punto Boban fue partícipe de las fabricaciones fraudulentas, pero bien es cierto que se benefició de ellas, ofreciéndolas a la venta en su tienda y en sus catálogos. De hecho, aunque no participó en la fabricación, algo debió haber sospechado, pero nunca mencionó nada al respecto. También cabe señalar que, si bien nunca llegó a escribir en sus catálogos que eran cráneos precolombinos, la forma como los presentó dejó pensarlo. Así, en el catálogo de la gran subasta que organizó en Nueva York en diciembre de 1886, Boban no describió explícitamente como prehispánico el cráneo de cristal que más tarde entraría en las colecciones del Museo Británico, sino que comentó que venía de México, insistiendo luego en la relevancia de las calaveras en la

⁴ Sobre esta ambivalencia de la iconografía funeraria en México, ver la interesante hipótesis de Pascal Mongne (aunque el autor me parece que lleva sus conclusiones demasiado lejos): «Du Golgotha au *tzompantli*. Les crânes "aztèques" en cristal de roche», *Gradhiva*, 11, 2010, p.181-187.

producción de material prehistórico, con lo cual muchos lectores asociaron el aviso sobre el cráneo de cristal con la información "histórica" presentada (p. 204).

Los autores también revelan una curiosa anécdota: unos años antes de su muerte, en 1900, en una entrevista, Eugène Boban afirmó que la mayoría de los cráneos de cristal eran falsos, es más, presentándose como el único en ser capaz de establecerlo. ¿Cómo interpretar esta estrepitosa declaración? Primero, Bohan no arriesgaba ni su reputación ni sus negocios, pues cabe recordar que gozaba entonces de la fama de ser un brillante mexicanista y que ya se había retirado. Además, es posible que esperase que tal declaración le diera una imagen positiva de hombre importante, sugiriendo incluso que él mismo fuese el instigador de la falsificación. O tal vez fuese una forma de desafío burlón dirigido a todos los que solían presentarse como “peritos”, una provocación para recordarles que sí seguía controlando el juego. Quizás buscara una forma de revancha contra el mundo académico aquel hombre que, por su esfuerzo personal únicamente, había logrado construir un conocimiento excepcional. También podemos suponer que le parecía irrisoria, en vísperas de su muerte, la ansia de reconocimiento que le había animado a lo largo de su carrera.

Para concluir, al analizar la compleja y sorprendente personalidad del anticuario Eugène Boban, este libro puede ser considerado como una importante contribución no sólo a la biografía de dicho personaje, sino, de forma general, a la historia del americanismo que fue emergiendo en el siglo XIX. Además de la rica documentación, el libro también ofrece una lectura agradable y placentera. Lo recomendamos encarecidamente tanto al historiador de la arqueología como al novicio deseoso de saber más al respecto del “misterio” de los cráneos de cristal.